

La Realidad Oculta



En el mundo del cigarrillo, la propaganda comercial de la televisión acostumbra presentar dos o tres vaqueros guapos montados sobre hermosos caballos. O a veces con carros deportivos, avionetas u otros equipos deportivos lujosos. El cuadro siempre es uno de salud óptima. La gente tiene semblantes de suprema confianza. Las bellas muchachas son toda sonrisa.

Yo conozco otro mundo. Es un lugar de donde pocos regresan. En esta región triste no hay hombres guapos ni muchachas sonrientes. Ejecutivos tanto como empleados de tiendas y trabajadores humildes todos se parecen. No es porque todos se vistan igual sino porque todos son gente que vive en el borde afilado de la poca esperanza. De alguna manera todos llegan a tener un semblante igualmente espantoso. Me refiero al mundo del cáncer. Yo he estado ahí.

Tengo 44 años. Tengo una esposa y dos hijitos. Hace más o menos cinco años, yo recibía un buen salario de una compañía de seguros. Mi futuro parecía ser brillante. En el mes de mayo de aquel año,

una pequeña El médico de nuestra conseguirme una especialista; como un simple “caso diagnóstico que él mes de octubre. Por

El Cirujano General del Departamento de Salud Pública de los Estados Unidos anunció que por cada cigarrillo fumado se acortan 15 minutos de la vida.

comencé a padecer de dificultad en tragar. familia ofrecía consulta con un diagnosticó el mal de nervios” – mismo reafirmó en el fin en el mes de enero,

convencido de que no era un simple “caso de nervios” me interné en un hospital. Allí el doctor me contó con toda la suavidad posible, que yo estaba padeciendo de cáncer de la garganta.

Mis primeros pensamientos eran de mi propia muerte y de que Ileana, mi esposa, perdería la casa que estábamos comprando desde hacía dos años. ¡Qué triste sería si mis hijos no gozaran de comodidades como esta casa ofrecía!

El médico sugirió que me internara en un hospital bien conocido que quedó a 100 kilómetros hacia el oriente de nuestra casa. Dos días más tarde, Ileana y yo hicimos el viaje. Al llegar, me colocaron en un cuarto de cuatro camas en el séptimo nivel del ala oriental del hospital. Esta parte se conocía por el “Siete Oriental”.

Cuando yo vi a los tres pacientes compañeros míos, no podía creer mis propios ojos. Era la hora de la cena y los pacientes estaban alimentándose. El cuadro era muy diferente de la comida servida en el campo alrededor de una fogata como suele salir en la propaganda de televisión. Estos tres hombres se pararon al lado de sus camas y cuidadosamente vertían un líquido rosado en unos pequeños envases de vidrio. Entonces levantaron los envases en alto sobre sus cabezas y el líquido pasaba por un tubito de plástico claro cuya punta desaparecía en una de las ventanillas de sus narices.

Tuvieron que alimentarse en esta forma porque su boca, garganta, lengua y esófago les habían sido quitados por la cirugía. Pude ver la pared posterior de sus gargantas – la parte delantera estaba completamente abierta desde un punto cerca de su mandíbula inferior hasta el esternón. Cada uno de ellos llevaba un babero absorbente debajo de su barba que recibía el flujo de la saliva que continuamente salía de su garganta.

El cuadro de estos hombres alimentándose en esta forma, me conmovió y me deprimió más que cualquier cosa desde el día en que yo supe que padecía de cáncer. Tan pronto que me había mudado con mi pijama y bata, salí deprisa al solarío donde Ileana me esperaba. Con manos temblorosas, prendí un cigarrillo y me quedé mirando a los demás pacientes; algunos de los cuales dentro de dos semanas estarían muertos.

Mi médico nos halló en el solarío. Yo le hice entender claramente que yo no deseaba llegar a ser como algunos de esos pacientes. Le dije que prefería morir antes de que me descuartizaran en esa forma. Me aconsejó a no pensar en eso y dijo que tal vez el caso mío no necesitaría cirugía tan drástica.

Una pesada nevada caía afuera y Ileana tuvo que hacer solita ese viaje de 100 kilómetros. Le acompañé hasta el ascensor fingiendo un optimismo mucho mayor que sentía. “Mucho cuidado, Querida” le dije, y la despedí con un beso. Las pocas horas después de cerrar las puertas del ascensor eran probablemente las peores de mi vida. Entré de nuevo en el solarío, pero no estaba dispuesto a enfrentarme con los tres horrores quirúrgicos de mi propio cuarto. Sin embargo, por todos lados vi a pacientes cuyas lenguas, faringes, mandíbulas, gargantas, barbas y narices les habían sido quitadas. Muchos de ellos estaban esperando la reconstrucción de sus caras y cuellos por medio de la cirugía plástica.

Para esto era necesario que produjesen pedazos extras de carne. Por medio de algún milagro quirúrgico estos pedazos de carne (llamados pedículos) pueden producirse en cualquier parte del cuerpo donde el cirujano dispone. Del lado del cuello de un paciente nacía uno de esos fenómenos. Traté de consolarme con pensar que tal vez tal cirugía no sería necesaria en el caso mío y mantuve mi vista pegada en las paredes, en el piso, o en cualquier cosa menos en los demás pacientes.

La televisión estaba encendida y la propaganda comercial de los cigarrillos seguía elegiano el “maravilloso sabor” de su producto. Pero esta gente que había fumado durante toda su vida ya no podía saborear los cigarrillos, tampoco ninguna otra cosa. Se alimentaron por medio de tubos plásticos y en esos no hay papilas de gusto.

Todas fantasmas sin voz cargaban lápiz y papel como el único medio de comunicación. Otros cuyas gargantas estaban medio cerradas podían usar un aparato en forma de letra U como el mango de una valija. Apretado contra la garganta, este captaba vibraciones del lugar en donde una vez las cuerdas vocales habían estado. Producía una pequeña voz electrónica – débil pero inteligible. Yo estaba deshecho entre horror y conmiseración. No pude más que pensar en el aspecto que yo mismo presentaría dentro de pocos días.

Durante la mañana siguiente me llevaron a la sala de operaciones para un examen broncoscopio. Esto se parece mucho a tragar una espada. Se hace la cabeza tanto atrás como sea posible. Entonces los médicos meten un tubo metálico por la boca haciéndolo pasar hasta la tráquea. Los reflejos se enloquecen y uno se esfuerza por quitar el tubo. Uno se da cuenta de que su oxígeno está completamente cortado. Durante todo este tiempo, por turnos, dos o tres médicos

miran por el tubo, y de vez en cuando, meten algo en el tubo que corta pedacitos de la carne para biopsia. Por falta de aire, yo perdí el conocimiento durante el examen y me desperté ya recostado en mi cama. Me prohibieron comer o beber nada y aun levantarme de la cama durante por lo menos dos horas.

En el esfuerzo por salvar mi voz, cosa tan indispensable para un vendedor de seguros, se pusieron de acuerdo en probar tratamientos de radiación. Con estos no lograron nada. En el mes de agosto me notificaron que tendrían que operar.

La noche antes de mi operación, sabiendo que jamás hablaría, traté de contarle a Ileana de mi amor para ella y mis hijitos. Ella era muy valiente. La mañana siguiente ya en camino hacia la sala de operaciones recuerdo haber orado y haber dicho repetidas veces el nombre de Jesús. De alguna manera me parecía que era bueno que la última palabra pronunciada en mi vida fuese ese sagrado nombre.

Once horas más tarde me volvieron a mi cuarto. Con acepción de la hora que pasé en el intensivo, había pasado todo ese tiempo en la mesa de operación. Al día siguiente supe que los cirujanos me habían quitado mi laringe, parte de mi esófago y otros pedazos de mi garganta. Yo ya había llegado a ser uno de esos “monstruos quirúrgicos” cuyo aspecto tanto me había horrorizado hacía pocos meses. De ese día en adelante yo tendría que respirar por medio de un agujero abierto en la base de mi garganta, llamado “estoma”.

Teniendo presente el aspecto repugnante de mi personal con garganta completamente abierta, me sentí completamente aislado de la humanidad. Era yo un espécimen biológico. Siguió un período difícil y solitario de convalecencia y adaptación. Me hicieron ocho operaciones para reconstruir el frente de mi cuello.

La televisión nos ayudó a pasar el tiempo. Todos nosotros allí en el Siete Oriental, confieso, tuvimos una fascinación mórbida por los comerciales del cigarrillo. Después de haber fumado aproximadamente 19,000 paquetes de cigarrillos, yo – todos nosotros – habíamos llegado a ser diferentes a los hombres guapos y las bellas señoritas de la propaganda.

La juventud de hoy cree en el realismo. Tal vez les fuera muy interesante si alguna agencia publicitaria presentara un comercial teniendo por persona principal a uno de esos pacientes que hay perdido su garganta por el cáncer producido por fumar. Fuera bueno que escogiera uno de esos hombres que producen esos pedazos extraños de carne llamados pedículos. O también la cámara podría moverse lentamente por todo el cuarto, captando a todos nosotros que todavía fumábamos fielmente nuestros cigarrillos. Es decir, nosotros que todavía tuvimos una boca en que meter un cigarrillo. Podrían aún exhibir a un paciente que ponía su cigarrillo delante del hoyo abierto en su tráquea por el cual inhalaba el humo a sus pulmones.

Nosotros no montamos caballos, ni helicópteros ni carros deportivos en el Siete Oriental. Montamos camillas con ruedas hasta la sala de operaciones y si tenemos buena suerte regresamos a nuestros cuartos montados en ellas. El Siete Oriental es nada más que una pequeña parte del mundo del cáncer. En el tercer nivel del hospital es donde tratan los pulmones. Doy gracias a Dios que hasta el momento por lo menos, no he tenido que visitar ese lugar.

Amigo joven, esta historia es triste por lo que le sucedió al escritor. Aun más porque después de todo, sigue fumando. No tiene poder de vencer su vicio aunque sabe que le está matando.

El pecado muchas veces se ve atractivo. Muchos jóvenes creen que para ser socialmente aceptables deben probar el mundo del pecado. Pero recuerde, al final, siempre nos destruye. Es

mucho mejor nunca comenzar a experimentar con él. Así podemos evitar sus consecuencias destructoras. Si usted ya se encuentra enredado en el pecado, hoy puede librarse. Jesús le ofrece perdón y poder para vencer los vicios y librarse de sus consecuencias. Sea HOMBRE en verdad. No se deje engañar por el pecado.

“El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina” (Proverbios 29:1).

- de *La Antorcha de la Verdad*